

«PALESTINA» E ISRAEL EN LAS URGENCIAS DEL CERCAÑO ORIENTE

Cuando a finales del año 1967, resumiendo las perspectivas generales del Cercano Oriente como resultados de la «Guerra de los Seis Días» en junio, se buscaba su realidad más profunda, pareció encontrarse con que lo universal ocultaba lo local. Esto se refería a dos graves inconvenientes que falseaban completamente todo intento de objetividad sobre la evolución de las realidades políticas y humanas esenciales (como, por ejemplo, las naturalezas de la llamada «Palestina» y del Estado israelí). El primer inconveniente era el que la conexión de los gobernantes de Israel y los de los Estados árabes beligerantes, con los intereses y las presiones de ciertas grandes potencias; hacía que lo que más preocupaba por su mayor peligro, era la posibilidad de que el enredo de Israel contra sus vecinos desembocase en una guerra mundial. En cuanto al segundo inconveniente, fue creer que lo que pasaba era «una lucha de los árabes contra los judíos».

Ahora que dentro de muy pocos meses se cumplirán tres años desde el interminable comienzo de los supuestos «seis días», el aspecto mundial no ha mejorado, aunque tampoco se ha agravado; pues si las conversaciones de las «cuatro grandes» potencias no llegan a ninguna solución práctica, y la O. N. U. sólo demuestra una capacidad verbal, todos dicen querer seguir las normas de la resolución que dio el Consejo de Seguridad del 22 de noviembre de 1967 (para la previa evacuación por Israel de todos los territorios conquistados en junio). Aunque nadie busca medios de procurar que Israel la cumpla.

Entre tanto, la segunda cuestión fundamental sigue siendo la de la necesidad de actuar contra los prejuicios de afirmar que el conflicto del Cercano Oriente, proceda de una necesaria hostilidad árabe-judía. En realidad, casi siempre que desde ciertos sectores de Europa Occidental se abordan las cuestiones judaicas; no se suelen explicar *a posteriori*; o sea, después de analizar

y contrapesar fríamente sus diferentes factores. Con más frecuencia se habla de «árabes», de «judíos», de «Israel», etc., influyéndose por lo sonoro de ciertas titulares de prensa diaria o por ciertas tendencias instintivas emocionales de simpatías y antipatías. Así se llega a juzgar los problemas del llamado «Oriente Medio» encontrando en ello sólo lo que previamente se quiere encontrar. O tratando de documentarse en los pomposos discursos propagandísticos de ciertos jefes de Estados o de Gobiernos.

El primer cambio notable desde las teorías imaginarias hacia el predominio de las pequeñas realidades encajadas en el terreno, fue en enero de 1969 el comienzo de la articulación del movimiento guerrillero palestín popular (que había tenido sus orígenes sueltos, y aún confusos en 1965). En el número de esta REVISTA DE POLÍTICA INTERNACIONAL correspondiente a marzo-abril de 1969, ya dimos cuenta de que la noción de una «Palestina de los palestineses» había surgido como un nuevo factor internacional importante dentro del llamado Oriente Medio. La creación en enero de un Consejo Nacional Palestín con 104 miembros representando todas las fracciones políticas de los palestinos musulmanes y cristianos, había sido un primer paso. El segundo fue la creación de un mando militar unificado para los grupos guerrilleros; mando que fue confiado al jefe del grupo «Fatah», es decir, Yasser Arafat.

La creación del Consejo Nacional Palestín en enero de aquel año, fue acompañada por una declaración específica, que el grupo principal (Al Fatah) envió a toda la prensa europea, diciendo: «Proclamamos solemnemente que el objetivo final de nuestra lucha es la restauración de un Estado palestino independiente y democrático, en el cual todos los ciudadanos, sea cual fuere su confesión gozarán de derechos iguales».

Poco después, desde Inglaterra se expresó en términos análogos un famoso intelectual judío de Gran Bretaña; o sea, el profesor Machover, que después de haber enseñado en la Universidad Hebrea de Jerusalén se trasladó a la Universidad de Londres. El profesor Machover propuso para Palestina: «La creación de un Estado binacional o sencillamente de un Estado común en el cual fuese abolida toda discriminación técnica o religiosa, fuese cual fuese su mayoría». Y luego añadió: «Es el único objetivo que corresponde a las exigencias de la paz durable y del progreso en la región».

Otro erudito judío destacado (pero no sionista), el profesor en la Sorbona Claude Cahen convino también entonces en que la única fórmula justa tenía que ser la de «Palestina para los palestineses. Para todos los palestineses».

Claude Cahen acusaba a los gobernantes israelíes de haber cometido dos errores garrafales. Uno de ellos el de haber desahogado contra los árabes del país palestino-jordano, el rencor y un deseo de venganza producido por el recuerdo de que muchos judíos fueron perseguidos y aniquilados en la Alemania hitleriana (de lo cual los árabes no eran responsables). El segundo error señalado por Claude Cahen era el de que los gobernantes de Israel quieran sostener un Estado donde hay unos habitantes dominadores y otros dominados; puesto que la O. N. U. ha proclamado necesario acabar con todas las discriminaciones.

Volviendo otra vez a los palestineses de la «resistencia» y el guerrillismo, se vio que en diciembre durante la «Conferencia Cumbre» árabe de Rabat, Yasser Arafat en una conferencia de prensa contestó a las preguntas del corresponsal español de la agencia «Efe» diciendo: «En cuanto al porvenir de Palestina, lo veo como la creación de un Estado colectivo, donde convivan judíos, cristianos y musulmanes en un orden de igualdad. Un Estado donde no habrá racismos ni odios; fundado sobre la paz y la fraternidad entre sus habitantes.

En el corriente 1970, los primeros meses señalaron dentro del país europeo occidental de más intensa vida cultural y social hebráica (es decir, Francia), una extensión y una intensidad de las manifestaciones favorables a un «palestinismo» que pudiesen ir construyendo tanto los judíos como los árabes.

Ya desde después de las incautaciones de territorios y las expulsiones de habitantes por Israel en 1967, dos jóvenes judías venían encabezando desde París los movimientos de protesta. Una de ellas era Catherine Levy, que formaba parte del «Comité de apoyo a la lucha anti-imperialista de los pueblos árabes», con carácter netamente izquierdista. La otra (más famosa y más puramente objetiva) era y es Ania Francos, cuyo padre murió en el campo hitleriano de Auschwitz, y vio como otros familiares eran exterminados a causa de sus orígenes judíos. Pero ella ha dicho: *«je refuse aux dirigeants israeliens le droit de parler au nom de ces morts pour justifier une entreprise de plus en plus sinistre: l'entreprise israélienne»*. Ella dice que Palestina debe ser para quienes en ella han nacido, o nacieron sus padres «sea cual sea el nombre con el cual invoquen al mismo Dios». En cuanto a lo racial, añade que está probado que muchos recientes refugiados cristianos y musulmanes palestinos, llevan en sus venas más sangre hebráica genuina que la de los fundadores del sionismo, los cuales son procedentes de judíos rusos que a veces descendían de mestizos y conversos.

Durante la campaña electoral de 1969, para la presidencia de la república francesa, despertó gran interés la acción del joven candidato Alain Krivine, que sólo obtuvo 237.536 votos, porque casi, sólo procedieron de jóvenes que apenas acababan de cumplir su edad electoral, Krivine es un judío que se siente francés y actúa como tal; pero cree necesario para sus amigos «militantes» tomar partido decidido en favor de una especie de federación palestina; reagrupando a judíos y árabes con una mayoría árabe y respecto del derecho de la minoría judía».

Pasando desde Francia al territorio palestino, se observan también crecientes tendencias de desvío de una gran parte de los jóvenes judíos israelíes hacia las posiciones oficiales de los gobernantes de Israel; aunque no tanto sobre la convivencia con los árabes como sobre la necesidad de des-sionizar al Estado israelí. La frase que se emplea en las reclamaciones es *separar la Iglesia rabinica del Estado sionista*, es decir, abolir el principio de que el Estado de Israel ha de estar abierto a la libre entrada de todas las personas que en cualquier país del mundo profesen la religión judía; mientras que en cambio, se hayan quedado sin hogar millón y medio de palestinos islámico-cristianos que vivían en Tierra Santa desde hacía siglos y más siglos.

En febrero un enviado especial de la revista «Paris Match» comprobaba en Israel que las nuevas generaciones concebían Palestina como patria territorial de los formados en ella; lo cual era el fruto de un «désir de modernité». Luego añadía que «ese deseo de modernidad va en el mismo sentido que la inclinación a abrir el diálogo con sus otros 'vis-a-vis' palestinos, y hacer, en fin, la paz». El mismo reportero añadía que lo más sorprendente era ver cómo las dos juventudes palestinas (la judía y la árabe) evolucionan del mismo modo; aunque por ahora lo hagan los unos apartados de los otros.

Poco antes, una inesperada frase de transición había sido lanzada nada menos que por una personalidad «oficial» tan característica como Ariel Eliaz; el secretario general del Partido del Trabajo que es el partido gobernante y casi mayoritario. Ariel Eliaz (conocido como «el león») dijo: «Los árabes palestinos son una nación, y nosotros deberíamos reconocerlo así. Mientras antes lo hagamos será mejor para todo el mundo».

Entre tanto, y al margen de cualquier problema político directo se había producido, entre Jerusalén y Tel Aviv un hecho que al pronto parecía sólo casual y familiar; pero pudiera llegar a sacudir las estructuras de las comunidades judías internacionales y de sus razones de existir. Fue el modo brusco

y violento como se hizo un tema polémico de la pregunta *¿que es ser judío?* El comienzo estuvo en el caso aislado (contado por la Prensa diaria y semanal de todas partes) del comandante de la marina israelí que teniendo una esposa no judía, sus hijos no podían ser oficialmente judíos, sino sólo ciudadanos israelíes. Ante aquel dilema, el gobierno de Israel tuvo que enfrentarse a la vez con dos oposiciones opuestas de los estamentos rabínicos y de los intelectuales liberales. Los primeros alegaban que según el Talmud sólo puede ser declarado judío quien nazca de padre y madre judíos; o solamente de madre judía. En cambio, los intelectuales liberales se oponían a que el gobierno consultase a los rabinos en cuestiones de nacionalidad, etc.; alegando que dentro de Israel los llamados «partidos religiosos» cuentan sólo con 18 diputados entre los 120 que integran la «Knesset» o Asamblea Nacional.

La resolución gubernamental adoptada en el caso del marino fue la de admitir a sus hijos como judíos en todos los aspectos, declarando al mismo tiempo que en Israel puede considerarse judío a cualquier nuevo inmigrante que así lo diga (a capricho y sin pruebas). Eso tiende a que el judaísmo, que se componía de una multitud de comunidades étnico-culturales de gentes que nacían dentro de él y lo transmitían por herencia, se convierta en un hecho religioso con afiliaciones y repudios voluntarios. Desde hoy existirá un motivo más para proclamar que los judíos actualmente residentes en diversos países europeos, americanos, africanos, etc., sólo son o serán «ciudadanos ingleses, argentinos, o de la Unión Sudafricana, de religión judaica». Por tanto, sin vínculos naturales con ninguna tradición nacional o territorial palestinesa.

En todo caso, con uno u otro nombre, el fenómeno estatal y humano producido desde que surgió el actual Israel en mayo de 1948 ha quedado estabilizado como un hecho histórico reciente, pero absolutamente evidente. Esto mismo hace que Israel tenga que depender cada vez más de quienes en él habitan y en él tienen que vivir siempre. Es decir, de quienes ya no son hijos de inmigrados, sino «sabras», como netos productos de un país próximo-oriental entre todos los otros del Próximo Oriente.

Al mismo tiempo es evidente (aunque no siempre se confiese abiertamente) que los gobernantes de los Estados árabes que rodean a Israel, han aceptado de hecho (aunque no «de jure») la existencia del Estado de Israel tal como fue entre 1949 y 1966 incluidos. Eso es porque ahora piden, sobre todo, el cumplimiento de la resolución de la O. N. U. el 22 de noviembre de 1967. El apartado a) del punto 1.º de dicha resolución exigía que las fuerzas ar-

madas israelíes evacuasen todos los territorios ocupados en junio. Pero en el apartado 6 del mismo punto, y el c) del punto 2.º se habla de la soberanía, la integridad territorial y la independencia política de cada Estado de la región; lo cual indudablemente incluye a Israel.

Si las tropas israelíes al evacuar los sectores conquistados en 1967, han de volver a sus puntos de partida, esto quiere decir al anterior Israel de 1949-1966. Así los jefes de Estado árabes, al pedir que se cumpla la resolución de noviembre han reconocido a Israel tácitamente. Además el presidente Abdel Nasser dijo en febrero a un corresponsal del parisien «Le Monde»: «Nuestro derecho y nuestro deber de egipcios exigen que liberemos el Sinaí; y en tanto que árabes insistimos sobre la necesidad de que Israel deje la orilla occidental del Jordán, y las alturas de Golán».

Si todo tiende a que el hecho nacional territorial siga existiendo; y tampoco se niega que también sea otro hecho el del palestinismo de los árabes contiguos e intercalados a los lados del Jordán, Israel no estando autorizado a extenderse por ese lado, tendría que buscar la fórmula de «un sector árabe intermedio». Esta es la de un «Estadillo jordánico tapón», que entre los judíos israelíes moderados demócratas y pacifistas representaría un factor menos audaz que el ya citado de los que prefieren la «Palestina única e interracial».

La figura más importante dentro de la tendencia a que el territorio geográfico palestín se componga de dos Estadillos diferentes, pero federados, viene siendo desde 1968 la de Uri Avnery. Este es el jefe del pequeño partido «Fuerza Nueva» (en hebreo «Haolam Hazé») que en el Parlamento israelí cuenta sólo con dos diputados, pero fuera posee gran irradiación entre los jóvenes. En el mes de marzo de 1968 en una Conferencia Nacional del partido se aprobó un «Plan de paz» en diez puntos; en el cual no se definía al país con el nombre de Israel ni el de «Palestina» sino con el vocablo semítico neutro («*Ha-Merjav*») (que quiere decir «Esta región»).

El punto 1.º y el 20 del Plan decían: «Esta región, en su totalidad, es la patria de dos naciones, la nación hebrea y la nación palestiniana... La unidad del país es espiritual, política, económica y estratégicamente indispensable a todos sus habitantes; y sólo puede ser realizada gracias a un acuerdo entre los dos pueblos que allí viven y cada uno de los cuales tiene derecho a la independencia». En lo territorial el Plan proponía que existiesen dos Estados contiguos, de los cuales, el árabe sobre las riberas del Jordán, y teniendo ambos a Jerusalén como sede de varias instituciones comunes. Los idiomas hebreo y árabe serían a la vez lenguas oficiales. Todos

los refugiados serían invitados a volver al doble país; y se tomarían medidas comunes para reinstalarlos.

A su vez el «Plan de paz» de Uri Avnery y sus amigos tiene una segunda parte ideal, consistente en que si llegase a crear el doble país de la «región» (que ha sido también Tierra Santa de varias religiones), luego se podría ampliar la cooperación a los Estados vecinos, en forma de una federación llamada «Unión semítica». No por creer en que lo semita sea ya una raza; sino por representar el fondo cultural común, conocido y reconocido de árabes y judíos.

Ni el Plan de una Palestina uniforme en bloque, ni este de las dos Palestinas en anverso y reverso, parecen por el momento posibles mientras predominan las grandes coacciones autocráticas que llegan de fuera. Por parte sionista la de las fuerzas de presión del neoyorkino Wall Street. Por parte arábica los intereses de prestigio personal y funcional de ciertos reyes y presidentes. Habría que conseguir también que el Cercano Oriente fuese siendo cada vez menos objeto de las competencias de prestigio de las potencias mundiales; y que dejasen a los próximo-orientales arreglárselas solos.

Hasta ahora esto no ha podido iniciarse, porque todos los pueblos y los Estados de aquellos sectores del Mediterráneo Oriental viven bajo el efecto del temor, del recelo, y de los compromisos en que nadie se fía de casi nadie. Esto no sólo entre Israel y los Estados arábigos, sino incluso dentro de este u otro Estado (como del propio Israel). Cada grupo quisiera coexistir con los demás, a condición de que estos no le empujasen y anulasen después.

Como ejemplo moderno y conciso de estas tendencias dobles de los recelos hacia dentro y hacia fuera, puede citarse el de unas palabras de Eli Ben-Gal, representante en Europa del partido obrero de la izquierda moderada «Mapan»; hablando en febrero en un coloquio de polémica parisien que organizó la Unión de los estudiantes judíos de Francia. Eli Ben-Gal, después de decir que su partido estaba contra el actual funcionamiento de Israel como país capitalista; y de afirmar que es una farsa el supuesto «derecho bíblico» del pueblo judío a volver a Israel; afirmó de todos modos los judíos que allí viven ya no tienen otro sitio para vivir (*«nous n' avons pas d'autre endroit pour vivre»*). «Creemos que los territorios ocupados a costa de los árabes son un cáncer para Israel, y debemos retirarnos de ellos, pero no por eso queremos desaparecer. Si el pueblo palestino quiere vivir con Israel puede hacerlo; si quiere hacernos desaparecer nosotros combatiremos.

«Pero allá abajo, sobre las dos riberas del Jordán, hay una tierra donde todo el mundo puede vivir».

Respecto a los árabes que ahora habitan en las zonas palestinas ocupadas por Israel, existe un extraño dualismo. Por una parte, la zona de Gaza y la Cisjordania, donde deben quedar unos 800.000 árabes, entre los que residen en pueblos y los agolpados en campamentos. Sobre los bordes de ese sector actúan en golpes de manos los guerrilleros que llegan desde el Este del Jordán, desde Siria o desde el Sur de Líbano; por lo cual el mando militar israelí toma constantes represalias sobre los refugiados míseros y dispuestos. Refugiados que sufren con cubrefuegos, privaciones de alimentos, destrucciones de casas, encarcelamientos y torturas.

En cambio, los árabes que antes de 1967 estaban integrados en el inicial Estado de Israel, son a veces vigilados y tienen ciertas restricciones de desplazamiento, pero vienen conservando gran parte de las prerrogativas de su pasaporte israelí. Estos árabes tienen servicios sanitarios, escolares, laborales, etc., iguales a los de los israelíes judíos; y sus instituciones religiosas las dirigen sus propios jefes canónicos (católicos, ortodoxos, islámicos y drusos). En 1967 sumaban esos árabes de origen e israelíes de pasaporte, unos 328.000. Ahora se cree que pasan de 400.000 (añadiendo núcleos incorporados en las anexionadas Jerusalén y Belén). Los árabes del antiguo Israel tienen siete diputados en la Knesset; y el idioma árabe es utilizado en el Parlamento, los tribunales, las escuelas, las monedas, etc.

Hay que tener también en cuenta que los israelíes judíos, hasta ahora no forman una comunidad homogénea, sino una pirámide de grupos escalonados, de los cuales los primeros son los que más mandan. En lo más alto los askenazim procedentes de Rusia, Polonia, Alemania, etc., que fueron los creadores del «Sionismo» y ahora acaparan la mayoría de los puestos del Gobierno y la Administración israelíes. En un segundo escalón están los «sefardíes» o judíos de origen e idioma español; que forman un elemento intermedio tolerado, pero con pocas facilidades de influir. Tercero son los judíos «orientales» o «forasteros»; es decir, los originarios de sitios de lengua árabe (como Egipto, Iraq, Libia y en lo más pobre los del Yemen) que desempeñan los oficios más míseros. Los árabes «integrados» son en gran parte artesanos y agricultores. Hay también pequeños núcleos étnicos, raros y aislados como los samaritanos, los karaitas, etc.

Todo ese revoltijo de grupos hace que dentro del anterior Israel no exista una línea neta de diferencias entre judíos y árabes. Hay grupos mixtos, como los ciudadanos yemenitas que son árabes de sangre, pero judíos de religión. Y nadie puede definir exactamente lo que sean los drusos, que hablan árabe, pero sirven en las fuerzas armadas israelíes más violentas, es decir, las de las «boinas verdes» de la gendarmería (las cuales se utilizan en la busca de árabes sospechosos de ayuda a las guerrillas). En cambio, y en contraste, es famosa en Amman la señora Odette Nassar, madre de dos jóvenes judíos, que están presos en las cárceles de Israel por haber sido capitanes en las guerrillas del Fatah.

En el caso de que Israel siguiese existiendo dentro de sus viejas fronteras, tendría que decidirse a aceptar una supervisión de las Naciones Unidas. El día 9 de marzo esto parecía una feliz esperanza prometedora, cuando el enviado de paz, señor Gunnar Jarring recibió instrucciones de presentarse al secretario general, U Thant, para estudiar el modo de que volviese a gestionar un arreglo en Oriente Medio, con el visto bueno de las grandes potencias.

De todos modos (y reduciéndonos aquí a recordar lo sólo interno israelí) un comienzo de aplicación de todo lo dispuesto por la O. N. U. desde 1947, exige la reactualización del recuerdo de que el Plan de partición de 1947 preveía la presencia sobre el Jordán de dos Estados enlazados árabe y judío. Aunque sólo se hizo el judío. Además, una vez establecido dicho Estado en su forma de Israel, lo primero que la O. N. U. dispuso en 1948 fue facilitar el retorno de todos los árabes que huyeron durante la primera guerra. Al volver y recuperar sus bienes se convertirían naturalmente en ciudadanos de un Israel cada vez más doble en su realidad semita.

A última hora, con arreglos provisionales o con temibles nuevas contien- das entre diversos Estados, cada vez es más evidente que la paz depende de las formas que puedan dar a Palestina los palestinos mismos. Sea transformándola en uno o dos países, sea fundiendo grupos raciales o separándolos; las potencias arábicas contiguas tienden a irse desprendiendo y desinteresando de los árabes palestineses, para volverse insistentemente hacia sus problemas locales y localistas, egipcios, sirios, libaneses, iraquíes, sauditas, etc. Aunque ya ha dicho recientemente Yasser Arafat que la tendencia de los Estados arábicos a establecer acuerdos sin la aprobación de las organizaciones guerrilleras, podría repercutir en tendencias insurreccionales entre los diversos pueblos árabes, donde los palestineses de la O. L. P. gozan cada vez más de un

RODOLFO GIL BENUMEYA

creciente prestigio. Y es también significativo observar que las mayores tendencias a las aproximaciones ideológicas entre los grupos de hebreos y árabes más o menos «unionistas» o «federalistas dobles» y múltiples, es precisamente la tendencia a organizar o reorganizar sus países sobre unas bases igualitarias ampliamente populares.

RODOLFO GIL BENUMEYA.